



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11418

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjera.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 23 DE NOVIEMBRE DE 1899

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Oumartín 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

RIESTRA-SALGADO

ACADEMIA PREPARATORIA
PARA
INGENIEROS ELECTRICISTAS
Industriales, minas, etc.
CARRERAS DEL EJERCITO Y MARINA

Bajo la dirección del Oficial de Artillería D. Enrique Salgado y del Jefe del mismo Cuerpo D. Adriano Riestra, Doctor en Ciencias Físico-Matemáticas
Carmen, 78 y plaza Roldán, 5 y 6.

UN DATO

La guardia civil de Murcia ha recogido setecientas armas a individuos que las usaban sin licencia y las ha depositado en el gobierno civil de la provincia.

A cuán tristes consideraciones se presta esa cifra y cómo no se comprende por ella el aumento que va teniendo la criminalidad.

No hace muchos días quejábanse un periódico murciano de que no pasaba noche sin que hubiese tiros, escándalos, jaranas y peleas que alarmaban a la gente pacífica. ¡No había de haber escándalos si había setecientos individuos—generalmente ineducados—dispuestos a apoyar sus groserías y proclivities con la faca ó con la pistola, con la lengua de vaca o con el revólver de seis tiros!

Si hubiera necesidad de datos para venir en conocimiento de por qué se registran tantos crímenes, no sería el menos elocuente ese de los setecientos hombres armados que usan pistolas y cuchillos que para nada necesitan, como no sea para abrirse por su propia mano la sepultura ó el presidio.

El mayor número de armas recogidas se verifica en las tabernas ó entre gentes aficionadas a esos establecimientos, y quitándoselas

se les hace un favor, evitándoles que por un quitame alta esas pajas ó envalentonados por el vino que turba sus cabezas, echen mano al cuchillo ó al revólver, para dirimir contiendas de borrachos que en otras condiciones ni aun podrían ventilarse á besfetadas por no poder guardar el equilibrio los actores del drama.

Cuántos van á presidio porque en determinado momento encontraron a mano una herramienta que les dió aientos para verter injurias. Hubieran estado en aquel instante desarmados y sus bocas permanecerían mudas y sus manos quietas.

La criminalidad aumenta y hay que reprimirla. Impera de una manera descarada la navaja. En todas partes el hombre acomete á sus iguales y crece de un modo aterrador la lista de homicidios sin que al desentrañar las causas de tan frecuentes crímenes se vea otra cosa que la obcecación del borracho o la insolencia del matón.

Se impone el registro. Hay que desarmar a la gente que no usa las armas para defender su persona en las soledades del camino ni tampoco para defender su hacienda de las acometidas de los cacos. Pero hay que registrar sin descaño, no todos los meses ni todas las semanas, sino todos los días y a ser posible a todas horas.

Desarmando á la gente que no tiene precisión de usar armas disminuirá el crimen y se hará á la sociedad un servicio inapreciable.

TIJERETAZOS

El presidente del gremio de carniceros de Madrid ha notificado al alcalde que hay escasez de ganados, que se ha elevado el precio de las reses y que esto lesiona los intereses de los industriales carniceros.

Sin duda se ha equivocado

ese señor presidente; si ve á menos el ganado y su precio es ascendente será el público el tisiado. Porque es cosa ya sabida que todo buen vendedor cuando sufre una subida al infeliz comprador se la descarga enseguida.

Dice *La Atalaya*, periódico santanderino, que el alcohol hace allí de las suyas.

Y añade: «El Santander que bebe, aumenta de un modo que atarra. Debiera de pensarse en reprimir á la bestia desencadenada.»

Por mí, que le pongan freno, condenándole á beber agua pura y á comer paja, cebada y centeno. Pero tenga muy presente el que tal cosa proponga, que es fácil que se indisponga con un factor influyente. Váyase con mucho tino el colega montañés, porque desde que el francés no se lleva nuestro vino, nos sobra una enormidad y hay que buscarle acomodo, colocándole aquí todo ó al menos una mitad.

Y como que no hay manera de dar al vino salida, se impone amigo enseguida cultivar la borrachera. Vea *La Atalaya* por donde, hablando aquí con franqueza, una fuente de riqueza tras del borracho se esconde.

Dice un periódico:

«Han llegado á Rabat varios correos imperiales, conduciendo cuarenta y nueve cabezas de otros tantos rebeldes de la kabila de Meftua.»

Buena correspondencia usa el emperador marroquí.

Al ver las horribles sargas de tanta cabeza junta se me ocurre esta pregunta: ¿se perderán esas cartas?

LOS PRISIONEROS ESPAÑOLES

Desde hace dos ó tres días los telegramas de diversas procedencias vienen

anunciando el avance de las tropas yanqui en Filipinas y la retirada hacia el interior de las fuerzas que manda Aguinaldo.

El generalísimo se propone apartar á los suyos de las costas y de los terrenos en que les sea fácil á los americanos tender líneas y abrir caminos para llevar grandes refuerzos y material de guerra á los puntos de combate.

Aguinaldo se repliega al interior, con el decidido propósito de atraer á los yanquis á parajes donde las dificultades de comunicación y el apartamiento de los buques de guerra hagan difícil el sostenimiento de numerosas fuerzas é imposible todo auxilio.

Esta retirada de Aguinaldo, según informes que consideramos verídicos, obligará á éste á desprenderse de los prisioneros españoles diseminados por pueblos inmediatos al que hasta aquí ha sido cuartel general del jefe tagalo. Este parece que abriga el propósito de devolver nuestros compatriotas, á fin de que no sean un obstáculo á los movimientos de sus tropas.

No sería, por lo tanto, difícil que, así como han regresado á Manila cerca de 50 prisioneros que residían en las inmediaciones de San Fernando, no tarden en hacerlo los que aún permanecen en poder de Aguinaldo.

La próxima llegada del barco que recogerá á los prisioneros enfermos tal vez coincida con esa resolución.

LOS HOMBRES DE NUESTRO SIGLO H. TAINÉ

1828.—1898.

«Los críticos son los enanos del Arte» esta frase ingeniosa de Teófilo Gautier, crítico también, como pueden testificar sus estudios sobre Heine, Baudelaire, Gerardo de Nerval, y tantos otros que no recordamos en el momento la habrán oído ustedes mil y mil veces si han tenido la desgracia de conocer y tratar con escritores notoriamente mentecatos y justamente olvidados. Como frase ingeniosa puede aceptarse la del atrevido autor de *Mademoiselle Mazarin*, como verdad, no es verdad. Casi todas las grandes ingeniosidades, son divinas y perfumadas mentiras. Verdades del momento y únicamente para

quien les sueña de pronto; tan inseguras como el «no la olvidaré jamás» de nuestros veinte años.

Y sin embargo no la crítica, pero si los críticos continúan siendo las cabezas de turco, dinamómetros de feria, donde la estólida vulgaridad prueba la vigorosidad de su barbarie. El debut de casi todos los escritores modernos de una conocida nación mia y de ustedes, ha sido el puñetazo sobre la pobre cabeza de resorte, única de la meguada feria del país. Todos esos pobres enfermos del exhibicionismo del siglo han tomado por dogma la humorada de Gautier. Todos han golpeado la inevitable cabeza, sonriendo estúpidamente á las vibraciones de aquella para volver á su estado de reposado equilibrio. Todos han abominado, con el esouido de Gautier al brazo, de la obra mal llamada negativa de los críticos. Pero no la han mejorado. Ellos mismos en su negación á la negación la han afirmado.

Si la función crítica tuviera que sincerarse ante las hordas de bárbaros vándalos, bastaría con arrojarles los nombres de Mateo Arnold, de Saint-Beuve; de Taine únicamente. Bazo es, sin embargo, no confundir la función de semejantes personalidades, con las necias representaciones de la cursi pedantería de un Hermostilla y de un Revilla, que si acortado á ratos, fue un pobre majadero prototipo del *phillistin bernés*, edición española falsificada y mezquina del David Strauss, compendio conculuyente del burgués y académico saber de la universalidad alemana, esa *Bibinga pantantísima* que vió con burles de Rabalais y de Francisco Sánchez el celebrado genio de Heine.

Michélet inclinábase á dar un buen escultor por un buen zapatero, siempre que éste supiera corregir y perfeccionar la naturaleza. Yo vendo un Shakespeare por los treinta dineros que para muchos vale un crítico, si sus enseñanzas son tan fructíferas y santas como las que vertiese Taine, si alcanza y logra el ser maestro de la generación más uniformemente intelectual que ha existido; en la que quepan un Flaubert, un Zola, un Bourget.

Taine, por el que estuvieron próximos á matarse dos escritores de aquí que no lo habían leído; que discutieron en fin hasta el nombre de pila del mismo y hubo cosas horribles por si se la-

IV

Alberoni no había reparado en que al subir por las escaleras de la hostería, se había retirado vivamente un hombre que, al ir á bajar por ellas, le había visto.

Aquel hombre era Pommeferre.

—¿Qué viene á buscar aquí, dijo, ese señor abate?

¡Ah! pues es muy fácil averiguarlo.

Y retirándose vivamente, se metió en su cuarto, en el que dormían todavía, aunque ya había salido el sol, á causa de su traspacho, Malegarde y el soldado Simon.

Cuando Pommeferre calculó que ya no andaría por el pasillo el abate Alberoni, salió de puntillas, se escurrió, y se bajó á la cocina.

El jefe, por decirlo así, estaba dando en voz alta las órdenes necesarias para confeccionar en poco tiempo el excelente almuerzo que había pedido el abate.

Afortunadamente los platos montados estaban hechos del día anterior, y no había necesidad de otra cosa que de meterlos en el horno.

—¿Qué se os ofrece? dijo el cocinero, creyendo á Pommeferre persona eclesiástica, por su traje semi-

eclesiástico: ¿sois paje del señor abate que acaba de pedir un almuerzo?

—¡Eh! ¡silencio! dijo Pommeferre: yo no soy paje de ese señor: yo no me trato con tan ilustres personas.

—¡Ah! ¿es una persona ilustre?

—Pues ya lo creo: no menos que el abate Alberoni.

—¿El abate Alberoni? dijo el cocinero, que estaba poco al corriente de las cosas de la corte.

—Sí señor: el embajador del señor duque de Parma...

—¡Un embajador! exclamó todo asustado el cocinero.

—Y un embajador italiano: y como los señores italianos están acostumbrados á comer muy bien, ved como le servís, porque os exponéis á desacreditaros.

—¡Oh! gracias, gracias, señor mío, por la advertencia: sin ella yo hubiera hecho un buen almuerzo como siempre; pero con ella, nada dejé que desear. Pero vos, sin duda, habéis venido á algo aquí: ¿queréis otro almuerzo? ¿sois también italiano?

—No señor, yo soy francés.

—También comen de una manera muy delicada los franceses.

quedado con su peluca sin polvos, su casaca negra, sus calzones y sus medias negras, y sus zapatos con hebillas de oro.

Poco después entró el cocinero, que se apresuró á quitarse su gorro.

—¿Cómo quiere vuecencia los macarrones? dijo

—¡Vuecencia! ¡vuecencia! exclamó; asustado Alberoni: ¿quién os ha dicho que yo soy un señor excelentísimo?

—Basta el aspecto, excelentísimo señor.

—No, no, alguien me ha hecho traición: ¿qué es esto? ¿quién os mete á vos en si yo soy excelencia ó no excelencia?

—Perdone vuestra...

—¡Vuestra nada, estúpido! exclamó Alberoni, cuidad de que el almuerzo sea bueno, y no os metáis en otra cosa.

El cocinero salió atortolado.

Alberoni se quedó paseando, gestionando, manoteando.

Pommeferre se reía.

—¿Para qué diablos habrá venido aquí, murmuraba, el abate Alberoni? Esperemos.

Y esperó, paseándose á veces, acudiendo otras al agujero.